

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 30 de Junio de 1898

Núm. 397



— ¿Cuánto pesas ?
— Mil artesas.
— ¿Cuánto vales ?
— Cien reales.
— ¡Abajo, que nada vales!



Rosalinda

¡Tristeza! Indignación fué á poco: que Dios quiso que el cuadro lo completase cierta alegre caravana, que en larga procesión de coches volvía de una boda. ¡Y desfilaron indiferentes ante aquella inmensa desventura, que no era desventura de dos hombres inutilizados por las balas enemigas, sino símbolo de las desventuras de la patria!

No quiero, Director amigo, buscar la moraleja; cuento lo que he visto, lo que vió mucha gente, y en ello no hay pecado; puede servir de dato á los que escriben largo y tendido, á los que hablan en círculos y cafés (lejos de las contrariedades de la lucha) de la guerra y de la paz: yo sólo diré, reservándome el derecho de usar nuevamente de la palabra, que ante éste y otros espectáculos, creyendo que nuestros soldados valientes, héroes, no pueden dar más de lo que dan, pues ofrecen sin reparo alguno su vida, su sangre; sólo diré, repito, que, como las tórtolas tristes, oculto mi cabeza bajo el ala.

CLAUDIO UGENA.

¿La paz?

Sr. D. J. F. Luján.

Querido Director: Como las tórtolas tristes, oculto mi cabeza bajo el ala. Yo no soy viudo, pero bien puede decirse que traduciendo la imagen vulgar á lo más abstracto y puro de las ideas, muchos españoles (si no todos), y entre los primeros mi humilde persona, deben considerarse tal.

No daré explicaciones por dos motivos: uno, porque es peligroso meterse en filosofías, á que no soy aficionado, y que en época tan calamitosa como la presente nos reduce á la más amarga condición; otro, porque... desgraciado es quien no lo entienda.

Los grandes de alma, los patriotas sinceros, heridos en las propias fibras, es seguro que sienten los resquemores de la viudedad, que en cifra expongo.

Ah, nó; no está todo en decir, yo amo á mi patria; hay que parodiar á los ingleses: ¡Dios la salve!

Contra ella se han desatado los que más debieran aplicarse á su provecho, los políticos que entienden en los negocios públicos y los periodistas que *no dirigen*, sino que tuercen las corrientes de la opinión.

¡Torpes unos y otros!

He visto, desde que se nos echó encima descaradamente la avaricia de los yankees (que serán castigados al fin y á la postre), he visto que se nos llevaba á la ruina, al desastre; por imprevisiones de los que más atentos debieran estar á los intereses de la nación; por torpeza, por impremeditada confianza de los que obligados se hallan á ilustrar al pueblo.

Yo soy patriota, señor Director; pero mi patriotismo es sano... un patriotismo que rechaza las escobas por inútiles. A mi patria dedico mi aptitud, mis ideales, mis fuerzas, y no clamo ni alboroto como algunas gentes, de quienes sé que les faltaría tiempo para pasar la frontera si se les ordenara el más débil sacrificio. ¡Y conste que me he sacrificado ya!

Usted nos dice: ¿debemos pedir la paz? Pregunta que yo amplió añadiendo: ¿es justo que el ánimo se incline á soluciones prudentes?

Lo sé, claro que lo sé; pero no me corresponde resolver la incógnita. Redactores de talento tiene á su lado y ellos dirán lo que piensan. Yo apunto mis impresiones, y sin meterme en teorías que á nada conducen por ahora, voy á espantar la mosca que usted ha echado sobre mi nariz, refiriéndole... un cuento de la guerra.

La víspera de San Juan caminaban calle de Aribau arriba dos pobres soldados; de rayadillo era su uniforme; honrosas cruces condecoraban sus pechos, y de muletas se valían, porque los pies, resintiéndose de heridas crueles, no alcanzaban á sostener la pesadumbre de su sér. Les acompañaba una joven humilde, y los contemplé con respeto y con cariño, pensando que habían expuesto su existencia por esta patria tan querida y por el honor de que todos los españoles estamos orgullosos, recordando las páginas que con caracteres indelebiles le hacen inmortal.

¿Querrá usted creer que yo les tuve envidia y que viéndoles cojos, demacrados, pero con aquellas meritisimas enseñas, les creí gozosos y felices porque encontraban á su regreso las expansiones dulces del hogar, el descanso de sus fatigas horribles, el consuelo de su añoranza, la satisfacción de su triunfo?

¿Pues cuál no sería mi asombro descubriendo que extendían en el suelo duro un pañolón donde empezaron á llover las fracciones más ínfimas de nuestro sistema decimal? ¡Pedían limosna aquellos muchachos valerosos! No tengo palabras para pintar la tristeza de que me sentí sobrecojido.



La educación de un niño

—¡Juanita!

—¡Jesús, D. Anselmo, qué ganas tenía de ver á V.!

—Pues yo ignoraba que estuviese V. en este pueblo, que á haber tenido la menor noticia, ya hubiera pasado á ponerme á los pies de V. en su casa.

—¡Vaya y qué cumplido está el tiempo! Aunque hubiera V. olvidado enteramente nuestras antiguas relaciones, yo siempre la misma.

—Mucho me alegro, porque la igualdad y la consecuencia son prendas para mí muy recomendables. ¿Y sigue V. solterita?

—Nó, señor; hace siete años que me he casado.

—Hija, lo siento; sin embargo, tendré un placer en saber que sea V. tan feliz como merece y yo supongo.

—No estoy descontenta; pero bien sabe V. que pude serlo más. Picaruelo, no lo siente V... Si V. lo hubiera sentido entonces... en fin, yo no soy de las que ponen un puñal en el pecho á nadie.

—No consiste en eso, hija, sino que las circunstancias de entonces...

—Ya; para V. nunca son buenas las circunstancias.

—¿Y tiene V. familia?

—Tengo tres niños; el último le estoy criando; ¿ha de ir V. á verlos, sí?

—Con la mejor voluntad; por gusto y por deber.

—Sí, vaya V., que le divertirán las gracias y habilidades de Miguelito: Miguelito es el mayor; tiene cinco años y medio, ¡pero es lo más travieso!

—Supongo que serán dignos hijos de tan buena madre, y que la educación corresponderá á su talento de V., pero V. no extrañará que yo vaya á cualquier hora, porque mis ocupaciones me dejan muy poco tiempo libre.

—Vaya, ¡qué cosas tiene V.! Aunque nos conociéramos de hoy. Pero si V. pudiera ir por la mañana, era mejor hora para mí. Mi marido es empleado, no me pregunta V. por él: ¡todos los días sale tan tarde de la oficina!

—Justamente iba á preguntar á V. en este momento por su esposo. Pero ya se vé; V. tan viva como siempre... Desde luego doy por supuesto que será sujeto de talento y amabilidad; en una palabra, digno de V.; porque V. no habrá elegido lo peor, vamos.

—No, señor, no elegí; él fué quien me eligió. ¡Pero ha salido tan buenazo!

—¿Su nombre?

—*Juan*, como yo.

—¿Y el apellido?

—Todos le conocen por los dos apellidos juntos, *Calma y Sufret*.

—¡Oh! pues con un *Juan Calma y Sufret* no dudo que será V. felicísima.

—¿Con que irá V. á ver los niños, sí?

—Doy á V. palabra de hacerlo en el primer rato disponible que tenga.

—Pues adiós, D. Anselmo. Con que cuidado con la palabra.

—Pierda V. cuidado, Juanita, que no acostumbro á faltar á ellas.

Y tomadas las señas de la casa, nos despedimos hasta otro día.

Esto fué en un pueblo... pero ¿qué importa el pueblo en que fuese? En cualquier pueblo puede suceder esto. A los pocos días y á hora oportuna me personé en casa de mi antigua conocida, que me recibió bajo el techo doméstico con las mismas ó mayores muestras de satisfacción y jovialidad que me había manifestado á campo raso.

—¿Y los niños? Le pregunté.

—Los niños, por ahí andan trasteando: el pequeño está durmiendo. Juan en su oficina.

—Sí, en este momento iba á preguntar por él, pero V. se me adelanta como siempre... ¡Esa viveza tan singular!

—Lo que es Juan no viene hasta las cuatro de la tarde.

—Nó, si preguntaba ahora por Miguelito. ¿No me dijo V. que se llamaba Miguelito el niño mayor?

—¡Ah, sí! Pero el caso es que como no esperaba que me favoreciese V. hoy, todavía están sin vestir.

—Señora, de cualquier modo; lo que quiero yo es disfrutar de su amabilidad y de sus gracias, y admirar en ellas el talento y virtudes de su buena mamá.

Salió mi amiga á buscar á su Miguelito, y presentóseme éste, caballero en el bastón de su papá, haciendo la cabeza de contera y de herradura el puño de marfil que acababa de ser descascarado al galopar por los ladrillos rotos del corredor, que era su picadero. El niño era como una perla, pero como una perla acabada de extraer de las excavaciones de un monumento derruido en los meses del calor; tal venía de cal, polvo y ladrillo. Para descubrir la tez de la cara, era menester ir quitando capas de polvo como quien quita las túnicas viscosas que cubren el ojo del besugo, que al cabo nunca se consigue verle claro. El polvillo del vestido, con que no estaba vestido, se soltó fácilmente á favor de unas friegas contra mi pantalón blanco de hilo; pero al intentar Juanita limpiarle el del rostro con el pañuelo de la mano, opuso el bello Miguelito una resistencia tenaz y encantadora. La pugna entre el proyecto de la mamá y la oposición sistemática del niño fué tomando carácter de una cuestión seria vivamente sostenida por ambas partes; hasta que Juanita, en uso de las prerrogativas de la maternidad, y apelando al poder ejecutivo, trató de conseguir por la fuerza lo que no había podido lograr por los medios de la persuasión. Esto irritó la susceptibilidad exquisita del

niño, en términos que se tiró al suelo, no sin arrojar antes con brio infantil su amada cabalgadura al balcón inmediato, cuyos cristales habría roto, si habría dejado de otras veces alguno que romper. Mientras el bastón volaba á la calle, el niño nadaba en los ladrillos como una tierna ranita, con la diferencia de que éstas nadan cantando, y aquél nadaba llorando.

—¿No le dije á V. que era muy travieso? Me decía Juanita. ¡Qué, si no se puede con esta criatura! Crea V. que no me deja títere con cabeza. ¿Después, V. no vé cómo se me pone en un instante? Así es que se me quita la gana de vestirle, al momento se me ensucia.

—Señora, la decía yo, encantado de la amabilidad de la criatura: eso es muy natural en los niños; ¿qué quiere V. de su edad?

Instábale su madre á que se levantara, alternando entre el acento suplicatorio y el imperativo, pero el niño á cada proposición contestaba con una rabieta negativa, ó con una patadita de repulsa que encantaba. Acordéme entonces que llevaba unos dulces en el bolsillo, y desde luego resolví emplear este expediente para dulcificar aquellas amarguras. «Miguelito, toma un caramelo, le dije.» A la voz de caramelo se templó la recia de aquella tempestad, á que contribuyó por su parte Juanita, diciéndole: «levántate, hijo mío, que te va á dar dulces este caballero.»

Levantóse en efecto el amable Miguelito; la vista del caramelo fué el iris de su llanto, al cual siguió un alcance á última hora de suspiros, pero sin que dejasen de fluir lágrimas por sus tiernas mejillas á la manera que después de un aguacero, serenada ya la atmósfera, quedan fluyendo por un rato los aleros de un tejado. Juanita le dijo que se limpiara y me diera un beso; el niño, ya más placentero, se dió una brochada de primera mano á la cara con la extremidad de la falda de su blusita, y significó querer aplicar sus labios á mi rostro, que yo bajé hasta ponerle en contacto con el suyo, por pura consideración á la madre, autora del mimo. ¡Ay, qué beso, señores! Ni el más diestro albañil prepara mejor su masa de tierra y agua para revocar una pared, que lo estaba la que en el rostro del rapazuelo había formado del polvo y el agua destilada de sus ojos, y otra materia también destilada no de los ojos, sino de otra fuente más inmediata al sitio de besar. Limpié por mayor con el pañuelo el pegote que me dejó en la cara, pero no pude limpiar bien otro que me había quedado en la patilla izquierda, y que semejaba el nido de un pájaro en una zarza.

En seguida ya rompió á hablar Miguelito, diciéndome con mucha gracia: «dame un cuarto». Juanita se echó á reír como una tonta, y yo que por desgracia aquel día parecía hombre rico, porque no llevaba moneda pobre, eché mano al bolsillo, y sacando una peseta, le dije: «toma, querido, este cuarto blanco; ¿no te gustan los cuartos blancos? — Y mucho, me contestó; más que los negros. ¡Qué rico está el caramelo! ¿Tienes más? — Sí, aun he de tener.

En esto entró Luisito, el niño segundo, y repartí mis caramelos entre los dos. Pero Miguel, que tantas pruebas iba dando de amabilidad y fina educación, la dió también de generosidad arrebatando á su hermanito los dulces de la mano, y diciendo: «son míos todos». «¡Qué diablo de chico!—decía su madre con mucha cachaza,—con todo hace lo mismo; de manera que no me deja medrar á este otro. — ¿No tienes más? Me decía Miguel.

—Nó, hijo mío, se acabaron. Pero él, poco satisfecho con la respuesta, quiso cerciorarse por sí mismo, y empezó á registrarme los bolsillos con la mano que le quedaba libre, incurriendo en algunas equivocaciones de lugar que en su edad infantil no eran infracciones de la ley. Convencido ya y satisfecho, comenzó á mirarme de hito en hito: aquí sí que esperaba yo oír alguna gracia singular, y, en efecto, no pude menos de echarme á reír cuando en aquel rato de contemplación me dijo: «Tú tienes los ojos como mi gato». Bendita sea la madre que te parió, angelito, exclamé yo admirado de la ocurrencia. — Pues mire usted, dijo la madre, eso no se lo había oído yo nunca.

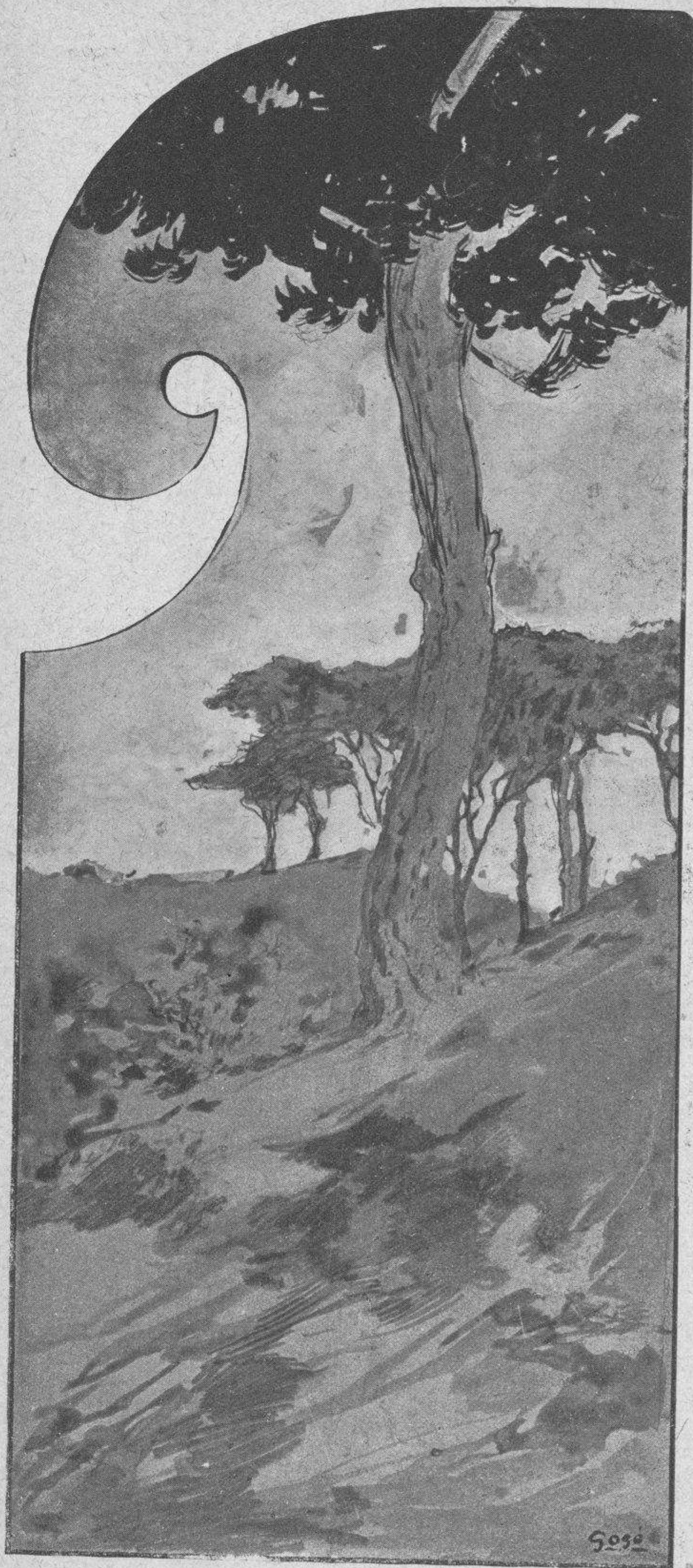
— Vaya, dí á este caballero, que tanto te quiere, algunas de las cosas que sabes, le dijo la mamá. Aun no estaba yo prevenido para oírle, cuando ya resonó en mis oídos... Redondo y con todas sus letras le echó, señores. Yo estaba entusiasmado con la fina y esmerada educación que mi antigua conocida sabía dar á sus niños, y admiraba las bellas disposiciones y prodigiosos adelantos de un niño de tan corta edad. Pregunté si sabía leer, y me dijo mi amiguita que estaba aprendiendo; pero que ya conocía las letras. «Vaya, Miguelito, trae la cartilla y dí las letras delante de este caballero.» Trajo Miguelito su car-



— En esto paran las fierezas del hombre cuando una quiere, en piel de oso muerto



Después de la Juerga



Crepúsculo triste

tilla, y colocado entre mis piernas empezó á pronunciar precipitadamente, y sin cuidarse del orden alfabético, *a, e, jota, eme, hache, zeda, ó...* ¡eh!, yo no quiero leer más. Y rasgó la cartilla en dos pedazos. Reímonos uno y otro de aquel agudo golpe de ingenio, y luego le dijo su mamá: «Vamos, Miguelito, ahora dí una fábula». — *No quiero*, le respondió el niño con un desembarazo que ofrecía las más halagüeñas esperanzas para más avanzada edad. — Vamos, hombre, dila; has de ser condescendiente; vamos á ver: *ayer por mi calle pasaba un borrico*; vamos, hombre, sigue, que bien la sabes: *ayer por mi calle pasaba un borrico*. Y pasó el borrico por la calle una docena de veces sin poder arrancar del amable niño otra cosa que la repetición del *no quiero*.

— Si la sabe como un papagayo, decía la buena Juanita, sinó que no está ahora de humor de decirla; mire usted; cuando nadie se lo manda, entonces es cuando la dice mejor.

— Señora, eso ya se sabe: las gracias de los niños son como el canto de los pájaros, y no le moleste usted más, que bastante ha lucido ya sus habilidades el pobrecito. Y usted me dará su permiso, Juanita, que yo tengo muchísimo que hacer.

— ¡Qué! ¿Se marcha usted ya?

— Sí, hija.

— Pues mire usted, Juan todavía no viene tan pronto.

— Crea usted, hija mía, que lo mismo me diera aunque tardara un año en venir. Siga usted gozando felicidades con su Juan Calma y Sufret, y sólo digo á usted que si la suerte me deparara enlazarme en matrimonio con una joven que supiera dar una educación como ésta á mis niños...

— ¿Qué? ¿Sería usted feliz?

— Eso es: sería tan feliz que me ahorcaría de rabia como Judas. Adiós.

M. LAFUENTE.

Égloga

Eran cuatro amigos
y entre sí decían:

— ¿Donde yo más á gusto viviera
es de las montañas
sobre la alta cima.

Allí nuestras almas
más libres respiran,
todo el mundo se agranda y el hombre
con un pensamiento
la tierra domina. —

— Yo quiero en un bosque
pasarme la vida,
viendo siempre las filas de troncos
con el toldo espeso
de ramas encima. —

— A mí dadme arenas
doradas y lisas,
y aquel lento ondular de las olas
como un pensamiento
que busca una rima. —

El último amigo
se para y los mira:

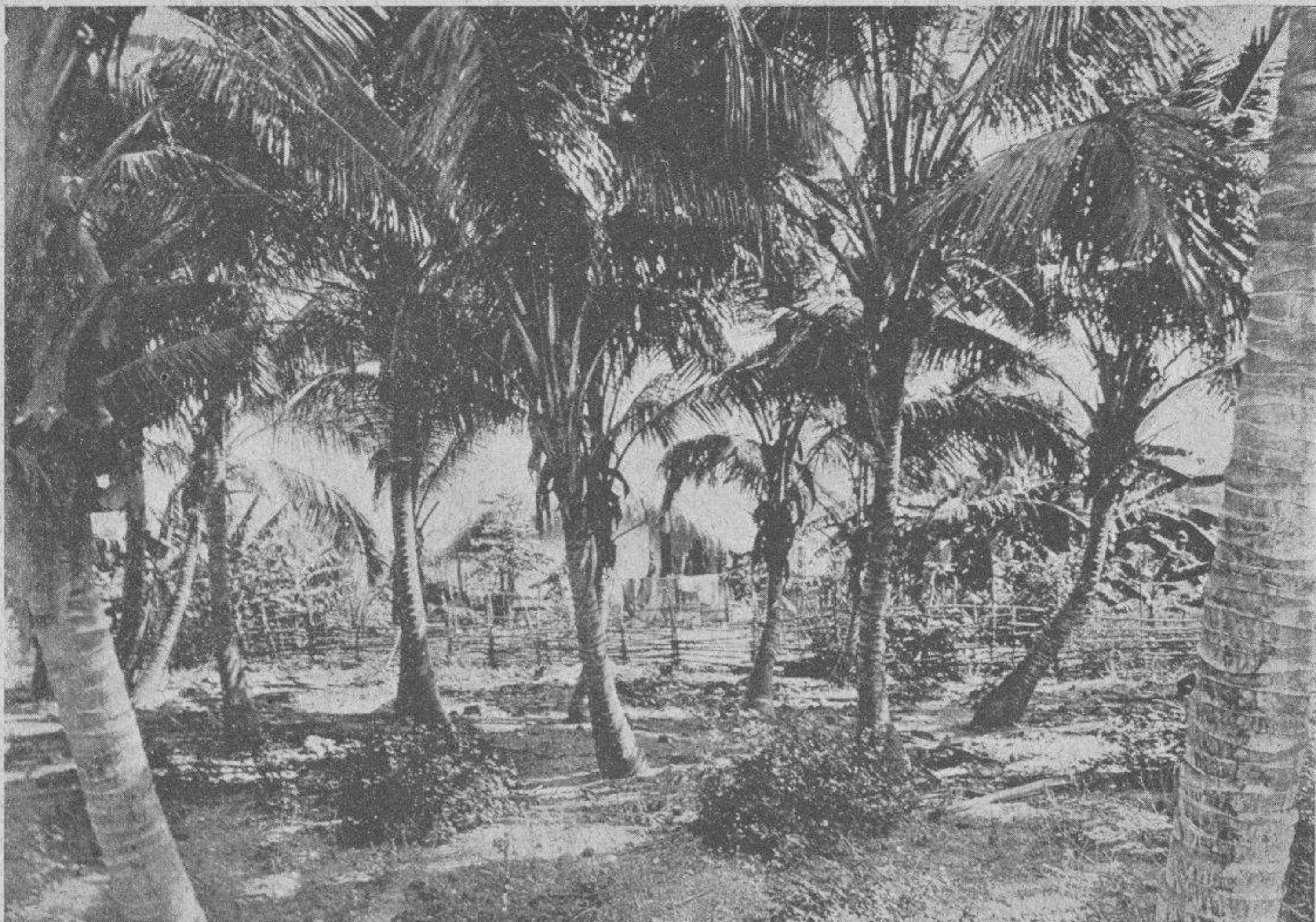
— yo quisiera estar siempre en camino:
así solamente
concibo la dicha. —

E. MARQUINA

JUNIO



Alegoría



Cuba. — Alrededores de Santiago.

Epístola

Apruebo tu resolución de ingresar en el periodismo, y téngola por prudente y razonable. Es lo mejor que puede hacer, quien como tú, se encuentra sin oficio ni beneficio. No te apene el no conocer la gramática ni el ser ignorante. De menos nos hizo Dios; no serás el único que sin méritos desempeñe uno de los primeros puestos en lo que han dado en llamar sacerdocio de la prensa, que tal como se practica, no es sacerdocio, sino un modo de vivir como los demás, y aun mejor que otro cualquiera si fueres avispa-do, y te echas el mundo á la espalda: que medra todo el que no tiene vergüenza, y se encumbra el osado á costa del meticuloso y pobre de espíritu; dígalo el sin número de nulidades que florecen en nuestra patria.

Alábate, aunque fueres zafio, siempre que venga á pelo; no esperes á que los demás lo hagan, que en los compañeros sólo hallarás envidias y rencillas. Procura evitar que hablando de tí, diga nadie: « ¡pobre muchacho! », porque será signo de tu insuficiencia. Por lo contrario, si te calumnian y te ponen como chupa de dómine, celébralo con regocijo; es que haces sombra á tus detractores.

En cafés, tertulias y teatros, habla siempre en voz alta y con lenguaje enfático, y si discutes, emplea chistes y frases oportunas, á falta de argumentos lógicos. De este modo en pocos meses te crearás una reputación.

Finge una historia de aventuras escandalosas;

cuenta que has gastado miles de duros, aunque en tu vida hayas tenido una peseta, que es recomendación eficaz para tus compañeros, para el director y para el público, que ríe las canalladas de un pillo gracioso, y murmura del honrado pacífico.

Cuando en los banquetes no se te ocurra un brindis ingenioso, cállate. Di luego en el periódico que el brindar ha pasado de moda, y no escatimes los elogios al anfitrión, por memo que sea, á fin de que se acuerde de tí cuando celebre otra fiesta.

Si algún amigo estrena un drama, haz una reseña breve, é insértala en la tercera plana con letra del siete, y si fuere la obra tuya, emplea dos columnas de la primera plana, con tipo del diez y con regletas; asegura que has tenido éxito colosal, aunque te hubieren pateado.

Dí quien te copia, y no de donde copias, y si te probaren que has plagiado á algún autor de talla, afirma que ha sido coincidencia: de coincidencias raras está lleno el mundo, y no irás á la cárcel por delito tan insignificante.

Señala tus versos con lapiz rojo, para lograr que los reproduzcan los periódicos del cambio.

Si hallares composiciones aceptables y las iniciales de la firma corresponden á tu nombre, publícalas sin el nombre del autor para que las tengan por tuyas.

No emprendas campañas contra quien tenga dinero, porque saldrás perjudicado, y el director

y la empresa te dejarán en la estacada sin miramiento ni consideración. Enaltece al rico y desprecia al pobre, que el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. No se te ocurra defender la causa del pueblo por santa y justa que te parezca; si tal hicieres, serás hombre perdido; ni ataques á los curas, aunque te sean odiosos, y evitarás que te pongan en ridículo los periódicos carcas. Ten presente que suele romperse la cuerda por lo más delgado, y cuando suena la hora mala, los amigos te vuelven la espalda, y el partido por el cual te has sacrificado olvida tus servicios.

Adula á los empresarios de teatros, y cuando te despidan de la redacción no entregues los pases y gozarás durante la temporada de entrada gratis. Hazte amigo de toreros y pelotaris, si quieres tomar café sin costarte un céntimo y fumar buenos cigarros.

Dispensa protección cariñosa á los muchachos que sientan aficiones literarias y tendrás siempre un duro en el bolsillo.

No sostengas polémicas, ni repliques á los conceptos en que te creas aludido: el callar es de sabios, y el despreciar las injurias de prudentes.

Al entrar en una redacción, habla mal de la que salieres: es la única manera de conquistarte la simpatía del director y del propietario.

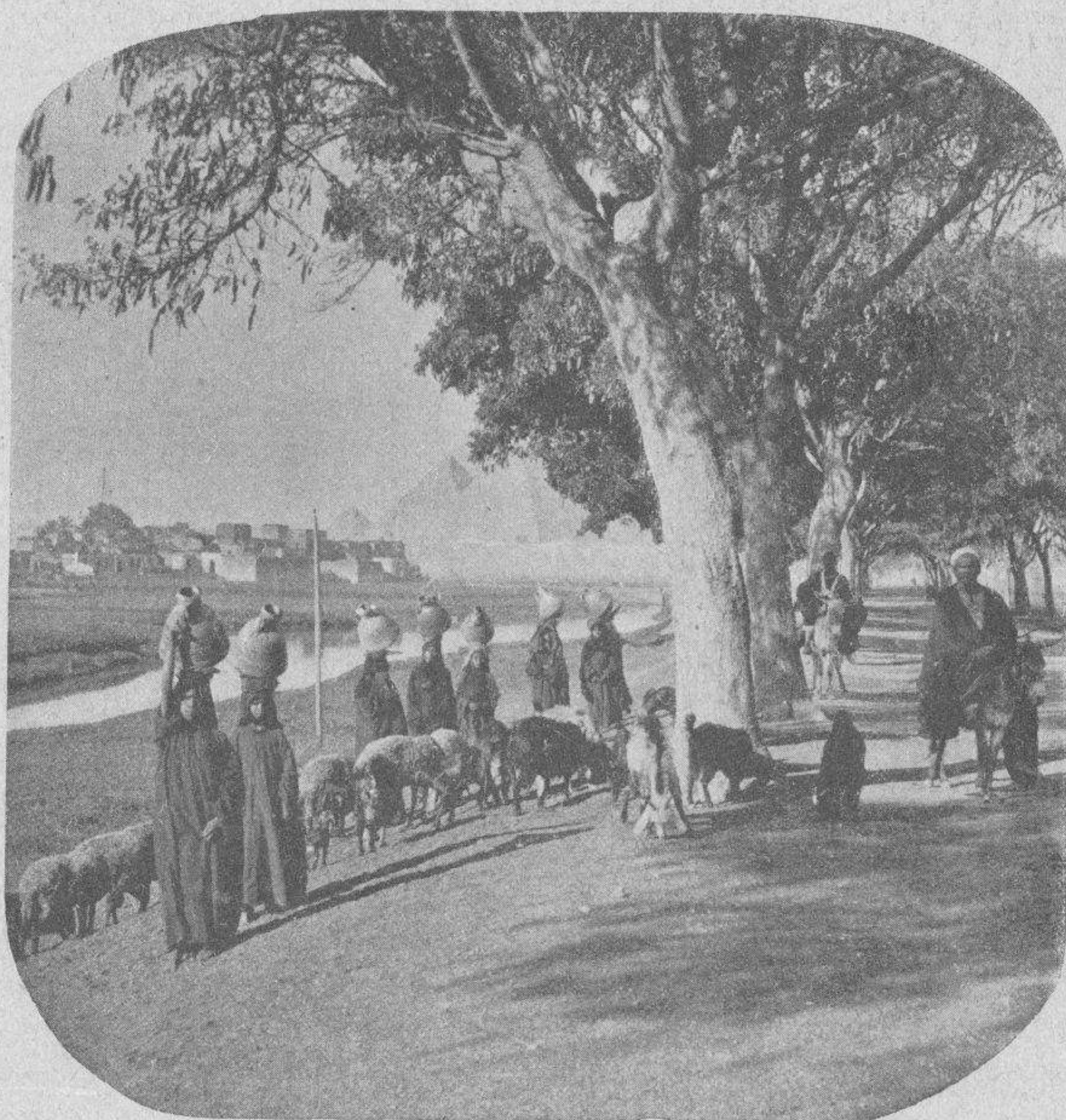
Adquiere un tratadito de locuciones extranjeras, que anda por esos mundos y es obra de gran recurso, para acreditarse de políglota; esto te hará merecedor de respeto y se tendrá en cuenta para los aumentos de sueldo.

Habla mal de la prensa de Madrid, si estás en provincias, y de la de provincias si te encuentras en la Corte; no necesitas más para acreditarte de discreto.

Toma dinero siempre que lo ofrecieren, y jácate luego de no vender tu pluma por un plato de lentejas: es frase socorrida que ha dado buen resultado en diferentes ocasiones.

Y si con estos consejos no haces carrera, dígame que será culpa de tu cortedad, y merecerás el más terrible de los anatemas, que todo el que hoy brilla, ha logrado su posición por los medios que dejó expuestos. Bienaventurados los que tienen osadía, porque de ellos es el reino de la tierra, aunque el de los cielos se reserve para los bobos...

JULIÁN PÉREZ CARRASCO.



Egipto. — Alrededores de Memphis.

De la toma de Jericó

por las

tropas norteamericanas

1. A la muerte de Moisés, encargóse del mando del pueblo de Israel el piadoso Dewey, de la tribu de Manasés, hijo de Esdrás y de Dévora.

2. Y un día, marchando hacia Canaán, acampó con sus ejércitos en las riberas del Jordán.

3. Y vió venir por el camino real de Jericó una espesa nube de polvo que marchaba con rapidez vertiginosa.

4. Adelantóse Dewey, y á poco apareció ante sus ojos la figura extraña de un hombre que venía montado en bicicleta.

5. Y dijo Dewey, amenazando con su revólver al desconocido: Muerto serás si no dices quién eres y de dónde vienes.

6. Entonces, apeándose de la bicicleta, dijo el hombre: Descálate, porque es sagrada la tierra que pisas.

7. Yo soy Jehová Mac-Kinley, tu señor, que te ha sacado de la condición de matarife.

8. Apresta tus tropas, y marcha contra Jericó, la ciudad rebelde.

9. Empero, no gastes un solo cartucho ni expongas la vida de tus soldados.

10. Ordena que paseen en torno de la ciudad tocando la música, y las murallas caerán.

11. Pasa á cuchillo á todos los habitantes, por no haber querido reconocer mi omnipotencia.

12. Sólo encontrarás una familia justa, que te ordeno respetar.

13. Honra á Aguinaldo, á sus hijos y á los hijos de sus hijos, porque están consagrados al servicio de Dios.

14. Y Mac-Kinley, volviendo á montar en la bicicleta, elevóse á los cielos, de donde era originario.

15. Y Dewey le adoró, ofreciéndole en holocausto el sacrificio de cuatro cerdos (sin perdón) y dos lechoncitos de cría.

16. Y, de regreso al campamento, comunicó á sus tropas la visión.

17. Y ordenó que jefes y oficiales se proveyeran de instrumentos de banda, y marcharan contra Jericó, en cuyo recinto murado habíanse hecho fuertes los tagalos, aliados de los amalecitas.

18. Abría la marcha un piquete armado que daba

LOS PAJES DEL CAPITOLIO



Anuncian los indicios... cercana tempestad...

(Música de *El reloj de Lucerna*)

escolta á la tribu de los levitas, que conducían el arca de las salazones.

19. Y los jefes y oficiales del ejército de Dewey hicieron sonar con tal estrépito sus instrumentos, que quedaron sordos cuantos niños y mujeres había en la ciudad.

20. Y las murallas no cayeron.

21. Dewey mandó repetir la operación siete veces consecutivas, sin éxito.

22. Y retiróse á su tienda quejoso y apesadumbrado.

23. Y comunicó por teléfono su fracaso á Jehová Mac-Kinley, que respondió con voz cavernosa: «música, música, música».

24. Echóse á pensar Dewey el significado de las palabras de Jehová.

25. Y al cabo de dos horas, creyendo haber interpretado el mandato divino, dióse una palmada en la frente.

26. Y acto seguido dispuso que sus tropas dejaran los instrumentos de banda y los reemplazasen por otros de orquesta, entre los cuales figuraban gran número de violones.

27. Y pertrechados así, anduvieron en torno de la ciudad, esperando que las promesas de Jehová se cumplieran en todas sus partes.

28. Y las murallas permanecieron incólumes, á pesar de que la música de las tropas era fuerte y sonora.

29. Dewey mandó repetir la operación otras siete veces, sin obtener el resultado apetecido.

30. Y retirado á la tienda donde se guarecía, rasgó sus vestiduras, y lanzó al cielo apremiantes súplicas, diciendo:

31. ¡Oh tú, Jehová Mac-Kinley, dios de Jacob y de Cullom, de Sherman y de Abraham, castiga á tu siervo, por no haber sabido interpretar tus palabras!

32. Y escuchóse el acento de Mac-Kinley, que exclamó con voz atronadora: «Dewey, hijo de Esdras y de Dévora, nieto de Aaron, biznieto de Manases, música, música, música» (1).

33. Dewey postróse de hinojos y adoró á Mac-Kinley, diciendo: «Yo, señor, el más humilde de tus siervos, no acierto el sentido de tus palabras. Mandáteme que tocará música y

(1) Esta frase es alegoría de la que más tarde puso Shakespeare en boca de Hamlet: «Palabras, pa'abras y palabras».— N. del T.

La Saeta

música he tocado, y Jericó no se rinde. Haz un milagro para que logre saber lo que quieres decirme.

34. Y Jehová volvió á repetir: « música, nada más que música ».

35. Y á la mañana siguiente aparecióse á Dewey un ángel en figura de vagabundo que pedía limosna tocando un organillo.

36. Comprendió Dewey el milagro de Jehová, y mandó que se construyeran unos cuantos miles de órganos de manubrio.

37. Provistos de los cuales, los hombres de Dewey volvieron á pasear en torno de las murallas de

Jericó, llevando en procesión el arca de las salaciones.

38. Y á la séptima vuelta, los muros se desplomaron, las puertas se rompieron, y los ejércitos de Dewey penetraron en Jericó, pasando á cuchillo á todos los habitantes, y respetando la vida de Aguinaldo y su familia, según tenían orden de hacer.

39. Y Aguinaldo se proclamó dictador, y dió al pueblo su famoso manifiesto, que tan célebre se ha hecho en los anales de la historia contemporánea.

(Traducción del hebreo).

ALTAMIRA

A Ciro

Carpe diem...

HORACIO.

Dado á la ciencia obscura
pasa ¡ oh Ciro ! si quieres, tu existencia :
vanamente procura
la presuntuosa ciencia
dar respuesta cumplida
á la eterna pregunta de la vida.
Y tras de siglos largos,
en que van desflorando los mortales
los estudios amargos,
aun no han dado a los males
del dolor ó del tedio
alguna medicina, algún remedio.
De nuevas invenciones
se ufana el hombre, presentar procura
mil sutiles razones;
mas no hace menos dura
la penosa jornada
que en el dintel se pierde de la nada.

No investigues, amigo,
de la vida los lóbregos extremos,
antes vente conmigo
y juntos beberemos
el vino que aletarga,
el licor fuerte ó la cerveza amarga.
No inquieto me preguntes
del sér y del no sér los fundamentos,
ni caviloso juntes
profundos argumentos,
que yo, entre alegre fiesta,
dejaré tu pregunta sin respuesta.
¿ No ves con cuánto anhelo
nuestra Lydia retoza en la espesura ?
¿ No ves el ancho cielo
radiante de hermosura ?
¿ No ves que el mundo rueda
y tu pregunta sin respuesta queda ?

Luis DE ZULUETA.

Diario de una casada

(Continuación)

Mayo, 1. — Pepe ha pasado cinco días ausente. Sus negocios le han obligado á separarse de su mujercita durante 120 horas consecutivas. Precisamente tuvo que tomar el tren el mismo día de nuestra primera reyerta.

Digo reyerta, porque mucho me temo que no sea la última.

A decir verdad, no me he aburrido nada, mientras él ha estado fuera. Por la mañana, mis quehaceres de ama de casa me tenían ocupadísima. Por la tarde, de paseo ó de tiendas con mamá ó con mi prima Asunción.



Agredados extranjeros presenciando una revista del ejército ruso



Coro de señoras. — ¡Cariño! El café y el té, han pagado el conflicto.

(Música del *Certamen Nacional*)

Y á propósito: ¡qué indiscreta esa Asunción, cada vez que me tiene á solas con ella, con sus preguntas acerca de mi luna de miel!... ¿Acaso toda una señora casada como yo va á hacer confidente de sus cosas á una soltera, aunque ésta tenga un par de años más?... ¡Pues me gusta!

Nó: no me he aburrido. Verdaderamente la libertad es una gran cosa, por más que se haga de ella el uso más limitado y más honesto.

Pepe ha vuelto con un humor angelical. Al bajar del tren me ha echado los brazos al cuello y me ha plantado un par de besos colosales en los carrillos. ¡Y delante de todo el mundo!... Había allí dos guardias civiles que se han santiguado y un cura que se ha echado á reír. Nó, digo mal, fué al revés.

— ¡Cuántos días sin verte, vida mía! — ha añadido mi marido con voz estentórea.

— Pero, hombre... — le he dicho todo sofocada — no grites estas cosas... Va á creer la gente que no somos casados.

Me ha mirado con aire algo tontín, como quien no comprende. La verdad es que no había comprendido. De fijo.

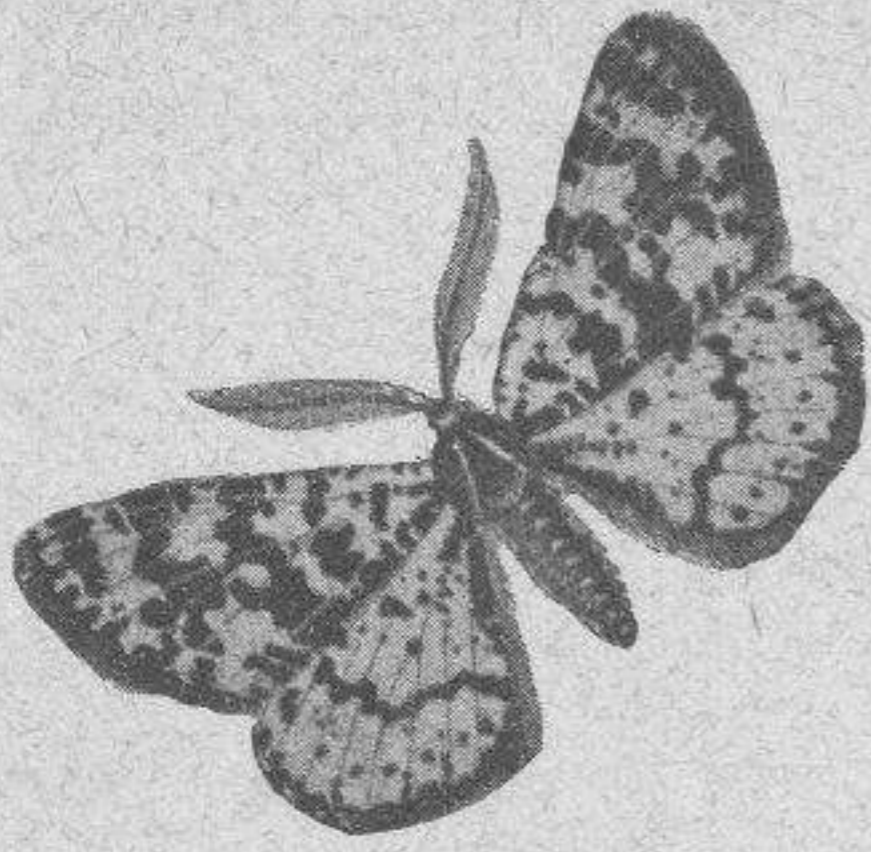
Mayo, 3. — ¡Con qué voracidad come mi marido! Este medio día, á la hora del almuerzo, ha despachado en pocos minutos un beafteck gigantesco y una fuente de patatas fritas, después de un par de huevos ídem, acompañados de una rebanada de pan inverosímil. Luego se ha zampado todo el queso y media docena de dulces... con el vino correspondiente.

Ya había reparado yo que está dotado de un apetito excelente, pero tragar como traga de unos días á esta parte, no me lo imaginaba.

Además, cuando se embucha la sopa hace un ruido que me pone nerviosa. Será preciso que se lo advierta.

Mayo, 6. — Escaramuza número 2. Quiero apuntarlas todas. O soy mujer de orden ó no lo soy.

La escaramuza ha sido bastante fuerte. Pepe se ha quejado con más viveza de la que el caso requería de que en vez de llegar á casa á las siete, me hubiese retrasado hasta las ocho y cinco minutos. Como tenía razón en su queja, le he rogado amablemente que dispensara. Pero en vez de aceptar mis disculpas y de dar por terminado el incidente, ha insistido en sus censuras de una manera impertinente. He replicado yo... y ¡pim!... ¡pam!...



¡pum!... ha habido un tiroteo muy regularcito. Por fin, el enemigo se ha retirado con sensibles bajas... de amor propio.

Mayo, 7. — ¡ Con qué entusiasmo he abrazado esta tarde á mi Pepe!... Decididamente es un gran marido, á quien quiero como se merece.

Deseoso de reparar sus culpas, (refiérome á la pelea de anoche), me ha traído hoy un brazalette monísimo: un grueso aro de oro con rubíes.

Para completar mi satisfacción ha venido á verme esta tarde mi prima Juanita. Y como siempre se trae las malas intenciones de un Miura envueltas en sonrisas y halagos, me ha preguntado:

— Dime, Consuelo, acá *inter nos*: ¿ no habéis inaugurado las hostilidades todavía tu marido y tú?

— Sí, hija, y hoy mismo; no parece sinó que lo has olido... Todavía no hace una hora que hemos tenido una agarrada que ya...

— ¿ Pero lo dices de veras? — me ha dicho ella sin poder casi disimular su venenoso júbilo.

— Y tan de veras... No ha sido floja la disputa...

— ¿ Pero por qué?... á ver, cuenta.

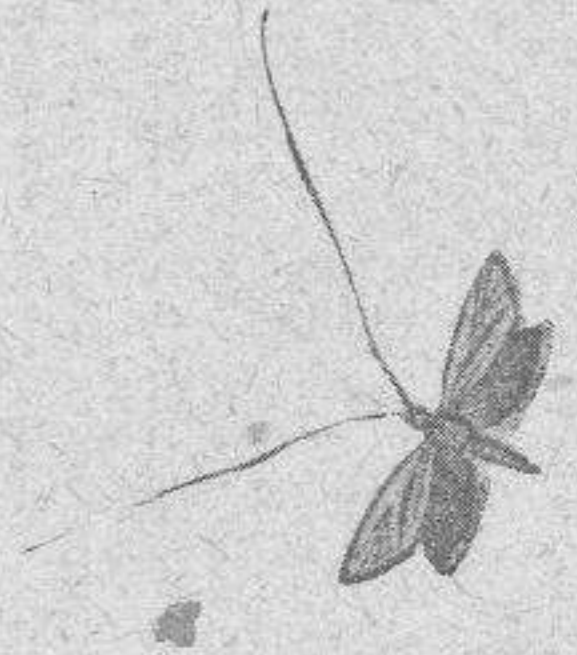
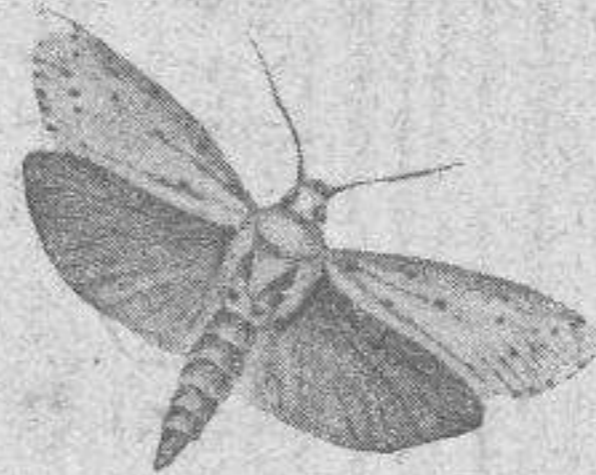
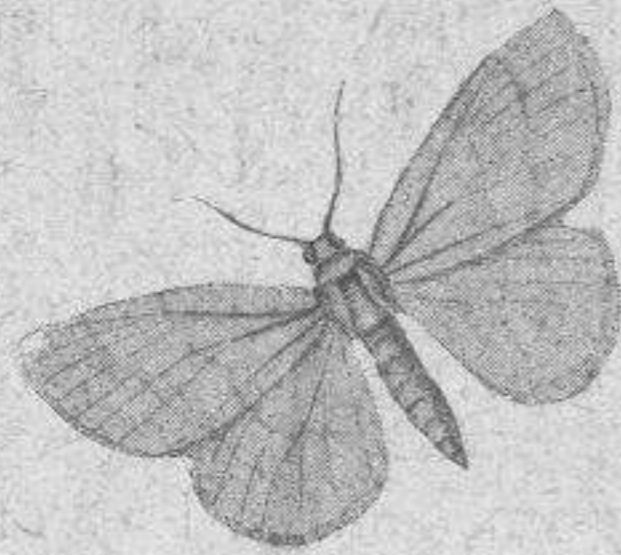
— Pues porque mi señor marido es un pródigo, un derrochador.

— ¿ El?... no lo habría creído...

— Yo tampoco, pero así resulta.

— Pero dime ¿ qué ha hecho?

— me pregunta la primita bailándole los



ojos de curiosidad y de malicia.

— ¿ Qué ha hecho?... pues figúrate que se me descuelga hoy con un regalo delicioso; sí, hija, sí,

un brazalette muy bonito, pero mucho; te lo voy á enseñar... Yo, claro está, le he reñido porque, vamos á ver, ¿ qué necesidad de gastar el dinero así?

De amarilla que suele estar mi simpática prima, se ha puesto verde.

«Fastídiate, querida...» he dicho para mi sayo.

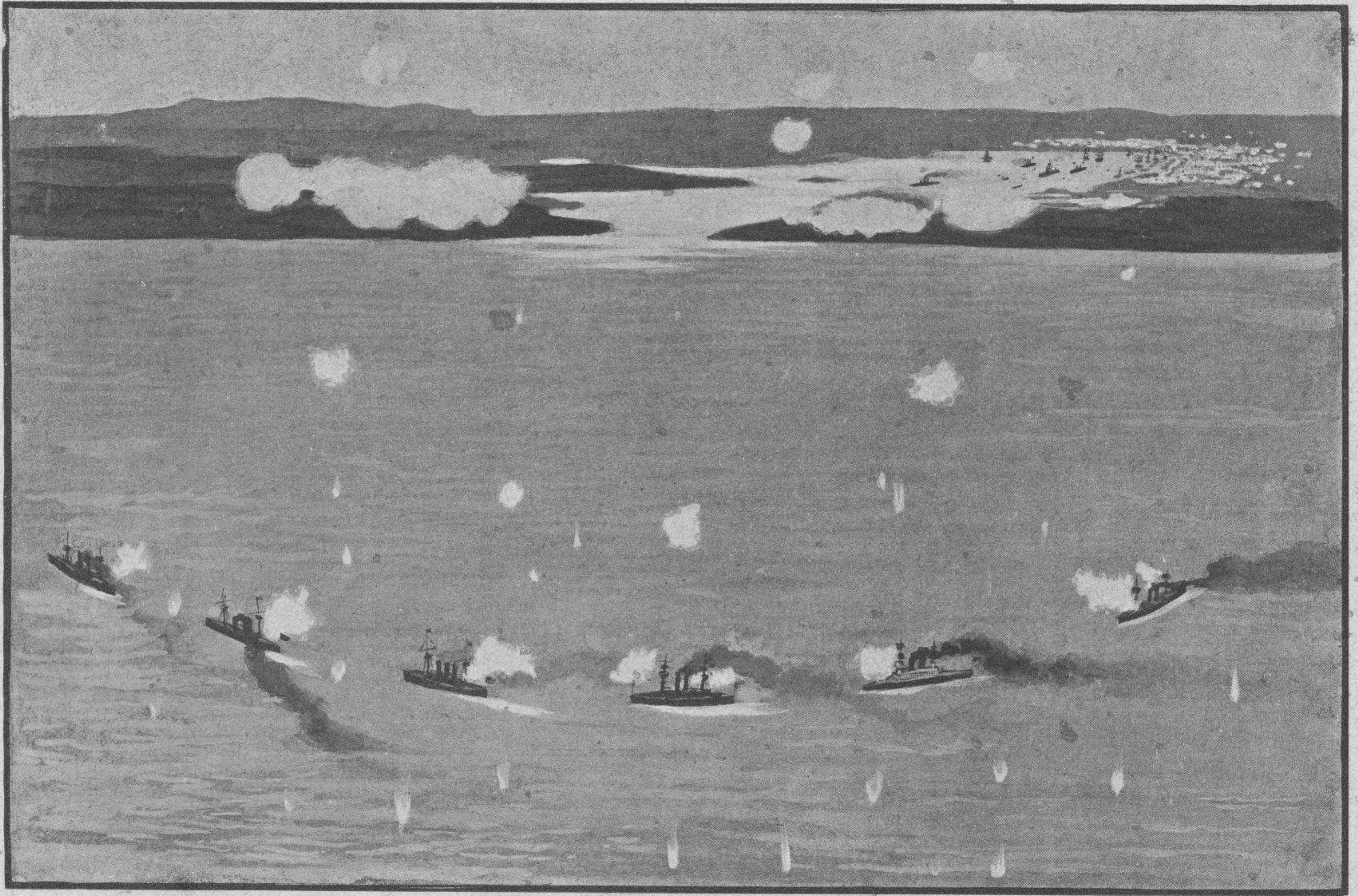
Mayo, 10. — ¡ Qué anomalía ofrece el carácter del hombre en general y del marido en particular! Anteayer se gastó mi señor y dueño cuarenta y cinco duros en un brazalette que no me hacía ninguna falta (aunque estas cosas no estorban nunca), y hoy me ha reprendido por una sencilla capotita de 70 pesetas, de que no podía prescindir y que me sienta divinamente. Me ha dicho que una de 25 ó 30 habría hecho el mismo efecto. ¡ Qué tontería!... y sigo preguntándome: ¿ será mi marido rumoso ó será tacaño?



(Continuará)

Por la copia,
JUAN BUSCON.

TERCER ATAQUE INFRUCTUOSO CONTRA SANTIAGO DE CUBA



La escuadra enemiga disparando en semicírculo contra los fuertes que defienden el canal y contra la ciudad



En un coche de plaza

— Eh, cochero, páre usted.

— ¡Sóo! Entre su mercé, *señoritu*.

— ¡Al Saladero!

— ¡Al instante, caballero; en un periquete le *llevo* á su mercé á la cárcel!

— ¡Animal!

— ¿Hablabá usted con el caballo?

— Nó, contigo.

— ¡*Tantu* honor!

— Arrea, que tengo prisa.

(El coche sale á medio trote, y al pasar por la Red de San Luís, grita el que va dentro: — ¡Pára, pára!)

— ¡Adiós, Remigio, ¿dónde vas en coche?

— A la cárcel.

— ¿Y qué traes entre manos?

— Te diré, me ha nombrado su defensor el señor de Gomeles, que fué sorprendido por su mujer en casa de otra mujer, y le ha formado causa, y parece que si yo no ando listo me le llevan á presidio por adúltero.

* * *

— Anda, Curro, que me parece tarde *pa* llegar á la Vicaría.

— No *tapures*, Catana, que en jamás ha *fartao* una mala hora *pa* que á uno le echen la cuerda al *piscuezo*.

— No seas asina.

— Mujer, *pa casase* nunca es tarde.

— Déjate de *groma*. ¿Vamos á tomar un coche?

— *Aspérate*. Veré como estamos de *parnés*. Pues si somos ricos, chica. Hay aquí casi, casi diez realazos...

— ¡Cochero, cochero! Quite *osté* ese demonio de tablilla, que yo arquilo el birlocho.

El cochero (aparte). — ¡Qué tono se dan estos pobretones para una peseta! ¡Sóo! Vamos á ver. ¿Se suben *ostés* ó no?

— No gasta *osté* poco imperio.

— Me parece á mí que al cochero le van á tentar el bulto.

— ¿Quién, *osté*?

— No te comprometas, Curro.

— Déjame.

— Ande *osté*, cochero, á la Vicaría.

— ¿A la Vicaría, eh? Me alegro. Allí las pagaré todas.

* * *

— ¡Cochero!

— ¡Señora!

— ¿Qué hora es?

— Las ocho.

— Pues vaya usted despacio.

— ¿A dónde?

— A donde usted quiera... al Prado...

— Está muy bien. ¡Arre!

— ¡Cochero, páre usted! Quiero saludar á mi primo.

— Adiós, Maruja.

— ¿Quieres entrar. Juanito? Daremos un paseo.

— No tengo inconveniente.

El cochero. — ¡Arre!

Dos horas después. — El cochero. — Me debe usted ocho pesetas.

— ¿Cómo ocho pesetas, si sólo han pasado dos horas?

— ¿Dos horas nada más? ¡A mí me han parecido *ochu*.

* * *

— Cochero, ¿me he dejado olvidados unos papeles en este coche cuando fuimos ayer tarde al gobierno político?

— Aquí no se ha dejado nada.

— Pues me hacían mucha falta. Figúrese usted que eran unos documentos pertenecientes á la dehesa de mi pueblo.

* * *

— Cochero, ¿ha encontrado usted una carta ayer cuando volví de la calle del Pez?

— ¿Una carta con sobre *chiquititu*... y con un olor?...

— La misma.

— Sí, señora, la he visto. Aquí la encontré en este rincón.

— ¡Cielos, cuánto me alegro! Ella me defenderá de las acusaciones de mi marido. ¡Démela usted!

— *Esu* es otra cosa.

— ¿Cómo?

— Yo *non* sabía... y como era de papel tan *finu*, me sirvió para hacer *cigarrillus*.

— ¡Horror! ¿Te la has fumado, cochero?



Susana asustada del rumor del viento jugueteando en las hojas

— Enterita.

— ¡Pues te has fumado mi honra, bárbaro!

* * *

— Cochero, que tengo prisa... mucha prisa... figúrate que *ella* me espera.

— Señorito, aguarde usted á que me eche un vaso de vino.

— Yo guiaré.

— Eso si que no. El caballo es muy fogoso... No lo han querido para la plaza de los toros... Con que no tengo más que hablar.

— Corriente. Guía tú.

— ¿Dónde vamos?

— Limón, 2.

— Un vendedor. — ¿Pide usted limón, señorito? Lo llevo helado.

* * *

— Mire usted cochero, nosotros queremos ir á la Fuente Castellana.

— ¿A pasear?

— Hombre, diré á usted. El conde Jaspe nos ha convidado á comer y á dar un paseo por los jardines, y como la tarde está buena...

— Me parece bien, señoras.

— ¿Podemos ir ya?

— Cuando gusten. (Estas pobres son novatas en esto de coches.)

— Está muy bien, cochero.

— Y díganme, señoras, ¿habrá que ajustar por horas?

— Como usted quiera. El conde es el que paga.

— Y díganme, ¿no podré yo también alcanzar algo de la comida? Porque así teniendo pienso, excúsome de venir á Madrid.

— Corriente. El conde paga.

(El cochero da un latigazo al caballo, y grita:)

— ¡Arre, arre! ¡Viva el *saleru*, y cómo *mus* vamos á divertir! ¡El conde paga!

Luis RIVERA.



Las devanaderas

UN BORRACHIN, POR XAUDARÓ
(ROMANZA SIN PALABRAS)

La Saeta



Xaudaró



Valentín García Tena, joven aprovechado y estudioso, ha terminado brillantemente los estudios de la carrera de perito químico, cuyo título se le ha otorgado por el Tribunal competente de esta Universidad.

Como García Tena es amigo querido de la redacción de LA SAETA, faltaríamos á los deberes de la cortesía si dejáramos de enviarle nuestra cariñosa felicitación.

¡ Que sea enhorabuena, estimado amigo !

Al embarcarse un arzobispo que temía mucho al mar, preguntó á una persona competente:

— ¿Cómo podría yo conocer, en caso de tempestad, que el buque corre un riesgo inminente?

— Si los marineros se ponen á rezar, — le contestó el interpelado, — tened por casi seguro el naufragio; pero mientras digan palabras obscenas, juren y blasfemen, no tenga miedo vuestra eminencia.

En el primer día de navegación sobrevino ya una tempestad horrible. El espanto del arzobispo fué grandísimo; así es que sin perder tiempo envió á un sacerdote que le acompañaba á que escuchase lo que decían los marineros sobre cubierta.

Bien pronto bajó aquél completamente escandalizado.

— ¿Qué dicen? — le preguntó su eminencia.

— ¡Oh, señor!

— ¿Profieren obscenidades?

— ¡Atroces!

— ¿Blasfeman?

— ¡Impiamente!...

— ¡Gracias, Dios mío, gracias!

El pobre sacerdote creyó que el arzobispo se había vuelto loco.

Cierto escritor ilustrado,
Y por ende muy tronado,
Una carta recibió
En que el ministro de Estado
No sé qué cruz le ofreció.

Y al ver semejante ofrenda
Cuando se estaba muriendo
De hambre, la boca entreabriendo,
Le contestó: — ¡Esa encomienda
Démela usted en... comiendo!

Al final de la función,
Pidióse en cierta ocasión
Saliera el primer galán,
Que hacía el papel de Adán
De un auto de Calderón.
Y el griterío al oír
El barba, la voz alzando,
Dijo con grave decir:
— Adán no puede salir,
Porque se está desnudando.

Un boticario de un pueblo de Salamanca, al despachar una receta puso tres veces más cantidad de

medicina de lo que en ella se expresaba, y [de resultas el enfermo murió.

Autopsiado el cadáver se encontró una gran cantidad de veneno.

— ¿Cómo ha sido esto? — preguntaron al farmacéutico.

— Francamente, — contestó éste, — como el paciente no vivía en el pueblo, puse más cantidad de lo que le recetaron para que no tuviesen que venir tan á menudo.

Un cobarde á uno insultó,
Y como es cosa corriente,
Al campo con él salió:
— Ya estamos solos, Clemente,
El más valiente exclamó.
— ¿Y bien, qué pretendes, dí?
Dijo al que retó, el cobarde:
— Quiero que uno quede aquí.
— Pues quédate tú, que á mí
Se me hace bastante tarde.

Un mayorazgo sin hijos, queriendo reirse de su hermano pobre, le ponderaba lo muy bien que le caía un vestido de paño pardo.

— Mejor me estaría uno de luto, — contestó el pobre hermano.

Cierto banquero israelita, que en una reunión tempestuosa de accionistas — la mayoría yankees — hablaba con demasiado calor, vióse bruscamente interrumpido por un norteamericano con esta pregunta:

— ¿Vais á devorarnos?

Le tranquilizó, diciendo:

— No temáis; me lo prohíbe mi ley.

Nadie ignora qué carnes veda á los judíos comer el código de Moisés.

Una señora gruesa
robó mil duros para ser condesa.
De esto un autor dedujo,
que el flaco de las gruesas es el lujo.

Una noche de Enero
al raso se acostó un carabinero.
De esto se ha deducido,
que si llega á llover, queda lucido.

Hablándose entre varios cazadores de tiros raros y de heridas poco comunes, un andaluz, que era del oficio, les dijo:

— Nadie ha hecho en este punto lo que yo. De un balazo dejé á una cierva herida en la punta de la oreja derecha y en la pezuña del pie izquierdo.

— No puede ser, — exclamaron á la vez los concurrentes. ¿Cómo diablos había de estar esa cierva para recibir dos heridas tan disparatadas?

— Poco á poco, caballeros, — repuso tranquilamente el hijo del Mediodía; — cuando yo la apunté se estaba rascando.

Apurado un sacristán porque él solo no podía asistir con puntualidad á las necesidades del culto de su iglesia, escribió y presentó al señor cura un memorial en que le pedía una ayuda.

El cura tomó la pluma y puso al margen el decreto siguiente:

—Que se la echen.



Charadas

Primera letra, dos nota, tiempo de verbo la tres, y mi todo es apellido de un escritor montañés.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Si prima pudieran todos, algunos no existirían; imperativo es segunda y sin todo nada habrían.



Jeroglífico comprimido

<p>S S 50</p>	<p>Europa Asia Africa América Oceanía</p>
---------------	---

J. P. CILLO.



Cuadrado

• • • •
• • • •
• • • •
• • • •

Substituir los puntos por letras, de modo que vertical y horizontalmente se lea: 1.º, parte del cuerpo humano; 2.º, verbo; 3.º, cero á la izquierda; y 4.º, otro verbo.

CALIXTO.



Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

LOGOGRIFO NUMÉRICO: Saturnino.

CRUZ: RA
el
Regina
Alicia
ni
aa

TERCIO SILÁBICO: MA - TE - O
TE - RE - SA
O - SA - DO

Correspondencia

Sensible. — Quizás tenga usted razón y así lo creíamos. Agradecemos el ruego que nos hace, y se procurará armonizarlo con el de otros señores. Pero tenga usted en cuenta que se reciben infinidad de cartas pidiendo cosas distintas, y nosotros que tantos favores debemos al público, quisiéramos complacer á cuantos nos honran con sus indicaciones, lo que es bastante difícil.

Fray Pacorro Francisquet. — Disposiciones tiene usted, según veo, y mejor lo hará si se lo propone; pero ha escogido usted un asunto... que no es para la índole de esta Revista. Pruebe usted otro... y no incurra en ciertas incorrecciones.

César. — Mientras no cambie usted de táctica, no puede ganar muchas batallas, y menos salir tan fácilmente victorioso como el Romano. No basta con versificar bien. Huya de pensamientos pobres y de filosofías trasnochadas.

K. Mará. — Utilizaré algo.

D. Lorenzo. — Todo lo que dice en el soneto vale más que se lo cuente usted de viva voz á esa pecadora arrepentida. Al público no le importa, y á ella le producirá mayor efecto la discreción.

Dieguito. — Ni aun en los logogrifos se puede escribir hacer sin h.

Juan de las Viñas. — ¡Guasón!

Calamidad. — ¡Pero qué bien firma ese romance que empieza...

«Del uno al otro confín
va pregonando la fama
que luego que yo me acuesto
ya estoy metido entre sábanas»,

y concluye, no sé por qué,

«Los mosquitos me pican
con tan raro acierto
que ignoro si estoy despierto, dormido,
ó si las picaduras me han muerto...»

¡Y todavía me amenaza con mandarme un poema! ¿No ve, cristiano, que usted escribe en verso saltarín y necesita uno contratar una orquesta para leerlo?

Ronquio. — Mal gusto para escoger el pseudónimo. Además siempre es un inconveniente llamarse así para que pasen los versos. Otros consiguen que los lectores duerman leyéndolos. Con el ronquio de usted... ¡imposible!

Rojo. — Mandé usted la firma, me parece bien, pero... ¡qué afán en ocultarme la partida de bautismo!

¡Cuidado, que les ha dado á todos esta semana por disfrazarse! Otras veces les toca la racha á las iniciales de maleta ó de baúl, ahora á los pseudónimos... ¡Señores, que yo no soy indiscreto y me callo como un muerto... que no habla!

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

LIBROS

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail	La Viuda de Sologne	1 tomo
De » »	Odio de Raza	1 tomo
De Paul Feval	La Daga misteriosa	1 tomo
De » »	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Erckman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Octavio Feuillet	Novela de un Joven pobre	1 tomo
De Dickens	Las luchas de la vida	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

EN PRENSA

De Paul Feval	La morada misteriosa	1 tomo
De Ponson du Terrail	Remordimiento	1 tomo

NOTAS. — A todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado.

A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la

Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación

con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuido á cimentar la fama de su autor. Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**